

# El incierto futuro de los archivos y sus usuarios

**Aunque el futuro** es incierto en muchos sentidos (sociales, políticos, económicos, intelectuales, etc.), todos dignos de explorar, al hablar del archivo del mañana resulta difícil no traer a la mente la cuestión de las tecnologías y de sus interacciones, por una parte, con nuestros procesos profesionales y, por otra, con la sociedad en la que y para la que ejecutamos estos procesos. Por tanto, cuando comenzamos a plantear el presente número de *Tábula*, los interrogantes parecían superar en número a las afirmaciones: ¿quiénes son los usuarios actuales?, ¿subsistirán estos usuarios en 2020?, ¿qué impacto tendrá la administración electrónica?, ¿se habrán incorporado los nativos digitales a la misma? De ser así, ¿qué documentos usarán?, ¿tendrán la misma forma que conocemos en la actualidad?, ¿existirá la necesidad de repensar las fuentes historiográficas?, ¿los nativos digitales constituirán una masa crítica suficiente como para pensar en una infoesfera digital?, ¿modificarán los usos de la información nuestros conceptos básicos?, ¿qué se entenderá por autenticidad, integridad, fiabilidad, privacidad?, ¿qué será la confiabilidad en 2020?, ¿estamos preparados los servicios de archivo?, ¿y los archiveros?, ¿qué perfil profesional será necesario?, ¿qué competencias?, ¿ha evolucionado la realidad de los archivos, y sus profesionales, al mismo ritmo que los cambios tecnológicos?, ¿nos espera una lenta pero irremediable agonía?, ¿estamos condenados a ser “archiveros del papel”?, ¿dónde están los usuarios?, ¿qué esperan de nosotros?, ¿somos realmente necesarios?, ¿qué tenemos que hacer?, ¿qué hay que repensar?, ¿qué hay que reinventar?, ¿tiene futuro la gestión del pasado?, ¿seremos capaces de preservar el presente digital para el futuro?, ¿cuál ha sido la aportación de los archiveros en esta última década de gestión electrónica?

¿tenemos alguna responsabilidad?, ¿hemos hecho todo lo que deberíamos hacer?, ¿modificarán los medios digitales el modo en el que se llevan a cabo nuestros procesos?

Desde luego, desde un punto de vista científico, plantear preguntas es un ejercicio más saludable que realizar afirmaciones. La plétora de interrogantes que crecían a nuestro alrededor parecía sugerir que la disciplina, por tanto, goza de buena salud. Más aún, parecía sugerir que existe la voluntad suficiente como para adquirir esa base de conocimiento que permita comprender nuestro entorno en las circunstancias de su ocurrencia. No obstante, y puesto que la precedente puede convertirse en una afirmación rotunda si no procedemos a posterior discusión, los editores del presente número de *Tábula* lanzamos, por una parte, una convocatoria abierta de artículos que tenía como lema el que da título al volumen; y, por otra, una invitación a destacados líderes en la materia. El resultado es, creemos, un excelente monográfico, repleto de interrogantes.

Luciano Floridi, Janna Anderson, Lee Rainie, Frank Upward, Livia Iacovino, Miguel Ángel Amutio, Julio Cerdá, Cayetano Tornel, Alessandro Alfier, Pierluigi Feliciati, Aurora Gómez Galvarriato Freer, Gabriela Recio Cavazos y María Alarcón Rendón nos ofrecen, desde diferentes perspectivas y dentro de sus respectivas áreas de especialización, magníficos textos que nos incitan a preguntarnos no solo cómo será el mundo de los archivos en el año 2020, sino también cómo será el mundo en el año 2020. Además Lluís-Esteve Casellas y Carlos Nieto, dentro de la sección *Varia*, presentan dos experiencias que encajan sin fisuras en el espléndido conjunto de artículos que ve la luz.

Con independencia del orden de aparición en las páginas que siguen, comentemos de manera breve cada uno de los textos, procediendo, de manera muy archivística, de lo general a lo específico.

Luciano Floridi, en un artículo en el que delinea el escenario general en el que nos desenvolveremos, como profesionales y como humanos, de aquí a unos años, propone la visión de las tecnologías como una intermediación compuesta de tripletas, intermediación cuyo mayor grado de sofisticación se alcanza con lo que llama tecnologías de tercer orden, a saber, aquellas que interactúan con otras tecnologías utilizando como herramienta intermediaria una tecnología. El ejemplo más acabado de esta fase son las tecnologías de la información y de las comunicaciones que, en palabras del autor, convierten a los humanos en innecesarios por redundantes. No obstante, las tecnologías son sabias y han traído dos conceptos que ofrecen al humano un rostro amable: las interfaces y el diseño. El talante con el que la humanidad ha acogido este nuevo orden es diverso, pero en general está dando lugar a una completa reontologización de la infoesfera, término acuñado por Floridi hace algunos años. Una infoesfera es, en primera acepción, el conjunto de todos los organismos informacionales interconectados, incluidos los organismos informacionales humanos que, por esta vía, y tal y como el autor

ha explicado en otros textos, queda reincorporado al mundo de las interacciones informativas. En segunda acepción, la infoesfera es la realidad en la que nos desenvolvemos: es real lo que es informativo y es informativo lo que es real. Las tecnologías de la información y de las comunicaciones están reontologizando, es decir, cambiando la naturaleza de la infoesfera, lo cual plantea algunos retos. Ante todo, las TIC están convergiendo con sus objetos, los datos, haciendo desaparecer de este modo la diferencia entre los procesadores y lo procesado. Todo deviene digital y la fricción ontológica, la dificultad para obtener información, desaparece, con al menos cuatro consecuencias sustanciales. En primer lugar, la pérdida del derecho a ignorar; en segundo, el crecimiento exponencial del conocimiento general; en tercero, y puesto que la metainformación es abundante, la responsabilidad de los agentes también lo es; por último, en este escenario el concepto de privacidad juega un papel crucial. Todo ello implica una experiencia vital siempre *onlife*, siempre *always on*.

Precisamente el artículo de Lee Rainie y Janna Quitney Anderson se pregunta quién estará siempre en línea, quién estará siempre conectado. El prácticamente generalizado uso de las tecnologías móviles convierte esta cuestión en obligada y perentoria. Los autores utilizan el método de la encuesta cualitativa para extraer conclusiones a partir de las opiniones de más de mil expertos encuestados. Para ello se delinearon dos posibles escenarios, en uno de los cuales la generación *always on* era desdichada, siendo por el contrario feliz en el segundo de ellos. El texto de Rainie y Anderson espiga algunas de las respuestas obtenidas y expone algunas conclusiones que, de manera consciente, no tienen voluntad de ir más allá del universo encuestado. Aproximadamente el 55% de los informantes espera que la generación *always on* sea más rica, más feliz en sentido amplio, aunque de las respuestas cabe deducir que la mayoría de los informantes creen que la situación será del cincuenta por ciento: ni tanto ni tan poco. En cualquier caso, lo que sí parece razonablemente claro es que la siguiente generación estará “cableada” de otra manera, es decir, sus procesos cognitivos serán diferentes.

Es en este escenario general –un entorno por completo digital con una población permanentemente conectada, utilizando de manera constante ítems de información y siendo ella misma ítem de información– donde los archiveros tendremos que llevar a cabo nuestro trabajo.

Frank Upward, en un excelente artículo que se alinea con sus recientes publicaciones en *Archivaria* y *The Records Management Journal*, así como con su presentación en el pasado Congreso Internacional de Archivos en Brisbane, nos proporciona algunas pistas acerca de cómo hacerlo. De nuevo, siguiendo la tendencia del autor a dar otra vuelta de tuerca al pensamiento archivístico, el texto de Upward parte de la petición de principio de que algo no está funcionando bien en el mismo. En términos del autor, ¿estamos perdiendo el rol archivístico de utilizar el tiempo para conquistar el tiempo? Ubicándonos en la teoría del continuo

de los documentos, y haciendo algo de historia, nuestra tradición no se ha enfocado tradicionalmente sobre los procesos, sino de manera creciente sobre los objetos, siendo una de las cuestiones a plantear si esto tiene sentido en un entorno por completo digital. La fluidez de las relaciones archivísticas y de la formación del archivo ha quedado por regla general excluida de nuestro discurso; pero esta situación ya no es viable. A restituir el lugar de privilegio que merece la fluidez dedica el autor las siguientes páginas, a partir de una exploración filosófica del concepto de espacio-tiempo. Nuestra disciplina tiene una base filosófica rica e inquestionable, que se traduce en la práctica en una revisión histórica de la conformación de nuestro discurso archivístico, desde Sir Hilary Jenkinson hasta los creadores del modelo del continuo de los documentos. En el caso australiano, concluye el autor, los archiveros no están equipados, después de tan largo viaje, para hacerse cargo de los retos desencadenados por las tecnologías. A partir del proceso de valoración, Upward plantea la necesidad de reinventar la profesión. Quizá el error deriva del hecho de que, contra las tendencias tecnocráticas actuales, los archivos no son productos finales, sino vehículos para las acciones. Para corregir este error, el autor renuncia a su conocido apoyo en la sociología de la estructuración para enfocarse sobre la teoría del actor-red. Los resultados de este cambio de orientación son una reflexión acerca de lo material ondulatorio y de la necesidad de una nueva base disciplinar que haga uso del modelo del continuo de los documentos desde multitud de perspectivas.

También procedente del ámbito del continuo de los documentos, Livia Iacovino explora varios temas que resonarán en el futuro, a partir del concepto de archivo sin límites físicos, del archivo global. Desde la perspectiva del continuo, para gestionar documentos no es preciso que estos se encuentren dentro de un archivo, ni siquiera es preciso que los documentos existan bajo la misma forma en todas las dimensiones. Pero esto, en un entorno digital, obliga a la profesión a repensar los conceptos en torno a los cuales se ha desenvuelto desde antiguo. En primer lugar, el diluvio de información digital y los nuevos géneros digitales parecen entrar en conflicto con la necesidad humana de poner orden en el caos, de intentar una comprensión de su universo. Los archiveros tendrán que definir, al menos, cuáles son esos nuevos géneros. En segundo lugar, este diluvio informativo ha desencadenado el uso masivo de infraestructuras y servicios en la nube, lo que conlleva la necesidad de investigar las cuestiones que se plantean acerca de cómo serán la accesibilidad y la conservación dentro de ella. Para la autora, dos conceptos cruciales para la profesión que tendrán que revisitarse son los de autenticidad y responsabilidad. Desde luego, mantener la evidencia de acciones seguirá siendo nuestra obligación, pero todo parece indicar que será nuestra obligación de otra manera. Entre otras cosas, tendremos que considerar a los archivos como objeto de justicia reparadora, para lo cual tendremos que contar con usuarios que se desplacen desde un rol pasivo a un rol activo en la conformación de

los documentos, aceptando las consecuencias tanto positivas como negativas. Tengamos en cuenta que la administración electrónica, otro asunto que se explora en el presente volumen, modificará las interacciones del Gobierno con los ciudadanos. En definitiva, una nueva figura de archivero activista, en términos de Iacovino, debe emerger. Nos preguntamos si estamos en condiciones para asumir este rol.

Descendiendo de lo general, lo conceptual, a lo específico, el entorno diario, los siguientes artículos del presente volumen se concentran en dos de las clientelas tradicionales de los archivos: la propia administración y los investigadores históricos. Así, en primer lugar, Miguel Ángel Amutio lleva a cabo un ejercicio de análisis de la administración electrónica en el año 2020, a partir de la situación actual y de las voluntades de evolución de los diferentes poderes. Para el autor, el escenario del e-gobierno tendrá cinco características clave. En primer lugar, existirá un marco legal sólido e integrado, es decir, los actuales desencuentros entre nuestra legislación “analógica” y nuestra legislación “digital” se habrán eliminado. En segundo lugar, los servicios de las administraciones públicas serán electrónicos por defecto, es decir, las deficiencias de adecuación que aún muestran muchas administraciones y ese cierto grado de temor que todavía existe en ciertos segmentos de la población también se habrán eliminado. En tercer lugar, habrá un ecosistema sostenible de infraestructuras y servicios comunes, lo cual habla a favor de la cooperación y la interoperabilidad como medios para la superación de barreras. En cuarto lugar, los servicios serán plenamente interoperables, es decir, se habrá alcanzado el logro de unas administraciones públicas capaces de dialogar plenamente entre ellas en beneficio del ciudadano. Por último, los servicios se prestarán en condiciones de seguridad, es decir, la inestabilidad de los entornos seguros, que actualmente es uno de los principales temores del gestor de documentos, se habrá de algún modo estabilizado. Cinco retos para cuya satisfacción solo disponemos de siete años.

Desde el punto de vista del archivero, Julio Cerdá Díaz también aborda el escenario de la administración electrónica, en la que descubre una excelente oportunidad profesional de colaboración. La Ley 11/2007 ha desencadenado un nuevo modelo de administración, que modifica también las relaciones de esta con los ciudadanos. Hablamos, en términos del autor, de gobierno abierto, regulado por tres ejes: la mejora de la prestación de servicios, la extensión de los procesos democráticos y la dinamización de los procesos de gobernanza. A partir de las propuestas de la Agenda Digital de España y la Agenda Digital Europea, Cerdá explora con mayor profundidad el concepto de gobierno abierto, concluyendo que tal gobierno no puede ser sino un gobierno en red y de datos abiertos. De aquí la datificación de nuestro entorno y, por ende, de nuestra profesión, con tres potenciales líneas de trabajo: la transparencia administrativa, la reutilización de datos y la accesibilidad de la información, a pesar de que en España las iniciativas

de apertura de datos se encuentran todavía en su infancia y sujetas a notables indeterminaciones legales.

A continuación, Cayetano Tornel Cobacho investiga el fenómeno del carácter invasivo y omnipresente de Internet en relación con la historiografía. Para el autor, esta ya no puede ser lo que era, dado que Internet es, por una parte, una gigantesca fuente para los historiadores, no solo en cantidad, sino también a causa de la facilidad con la que se pueden seguir generando productos dentro de ella; y, por otra, es una fuente extremadamente precaria, en particular en lo que concierne a las actividades de los ciudadanos sobre ella. Mientras que las conexiones entre archivo, memoria e historia contenidas en las fuentes escritas implican medios de investigación estables, la llamada por el autor historia digital, es ajena a los archivos y mediada por la tecnología. A partir del análisis de algunos de los fenómenos actuales, Tornel, en línea con las propuestas de otros textos pertenecientes al presente volumen, asegura que todos estaremos en Internet y que el estudio de la historia estará condicionado por lo que ha venido a conocerse como determinismo tecnológico. ¿Qué información digital podrá conservarse para el investigador futuro? ¿Qué debe hacer el archivero para que esta información se establezca mientras sea necesaria? En un entorno precario, el historiador aún no se ha planteado de manera generalizada estos riesgos, a pesar de que Internet le proporciona dos herramientas de extrema utilidad: los recursos webs y la hipertextualidad. La tecnología, por lo demás, está generando cada vez mayores y más sofisticados soportes. ¿Podrán los historiadores adaptarse a este nuevo entorno, asumir el estudio de las nuevas fuentes no lineales?

Pero las dudas no solo se refieren a los conceptos archivísticos y a los usuarios de los archivos, sino también a nuestros propios procesos y centros. Alessandro Alfieri y Pierluigi Feliciati se aplican a la investigación del cambio de paradigma para la descripción archivística en entornos webs. La descripción es quizá el proceso que de manera más directa permite interactuar con el usuario, en la medida en la que facilita el acceso. Los autores consideran que los instrumentos de descripción constituyen una intermediación con el usuario, a la que denominan esotérica, y que en su forma tradicional se define como una mediación prolongada condicionada por el archivero. Esta percepción de la descripción, centrada en los materiales más que en los usuarios, no es prolongable en entornos webs, donde la aplicación de los convencionales instrumentos de descripción deviene frustrante. A pesar de la potencial interferencia en la mediación por parte de la web, Alfieri y Feliciati proponen una redefinición de los instrumentos de descripción archivística sobre la web, sobre la base de que “la salida no es la entrada”, es decir, sobre la base de que, con independencia de los datos que maneje el profesional, los interfaces de usuario final tienen que modificarse. La mediación prolongada viene a ser sucedida de este modo por una mediación discreta.

A propósito del futuro de los centros de archivo, Aurora Gómez Galvarriato Freer, Gabriela Recio Cavazos y María Alarcón Rendón delinean un plan de acción para el Archivo General de la Nación de México. En primer lugar, las autoras ubican los planes de futuro del Archivo en su contexto, esbozando una historia del mismo. Como en otros textos presentados en el presente volumen, el contexto se completa examinando la perspectiva del usuario, puesto que los planes de futuro no tienen sentido al margen del presente. Así, las autoras responden a la cuestión: “¿quiénes son nuestros usuarios hoy y cómo se comportan?”. De igual modo, examinan el actual estado de las tecnologías de la información en el Archivo, particularmente en lo que concierne a la digitalización, la presencia en la Web, los sistemas de gestión documental y de administración de archivos, y la preservación digital. Siguiendo a este análisis del contexto histórico y actual, Gómez Galvarriato, Recio y Alarcón exploran el decadente concepto de hardware, concluyendo que el futuro digital, tal y como sospechábamos, ya está aquí.

El presente volumen se completa con dos excelentes casos de estudio correspondientes a la sección de *Varia*. Lluís-Esteve Casellas describe el proyecto de implantación de un sistema de gestión de documentos en el Ayuntamiento de Girona. Tanto por su consideración de los documentos digitales como por la actualidad de su contenido, el artículo de Casellas bien podría alinearse con los que componen el resto del presente volumen.

Por su parte, Carlos Nieto Sánchez describe la historia y la actualidad del fondo del Colegio Mayor Diego de Covarrubias. No podemos decir que se trate de un artículo orientado hacia el pasado. Antes al contrario, el autor, ya desde el mismo título del texto y en la propia exposición de la historia del fondo, deja claro que el archivo es un arma cargada de futuro.

Como sugeríamos al comienzo, tenemos el placer de presentar al lector un excelente volumen que, no solo no resolverá ninguno de sus interrogantes, sino que, sin duda, desencadenará interrogantes nuevos, síntoma de que nuestra ciencia aún funciona.

Cartagena, agosto de 2013

Alejandro Delgado Gómez, Julio Cerdá Díaz y Luis Hernández Olivera